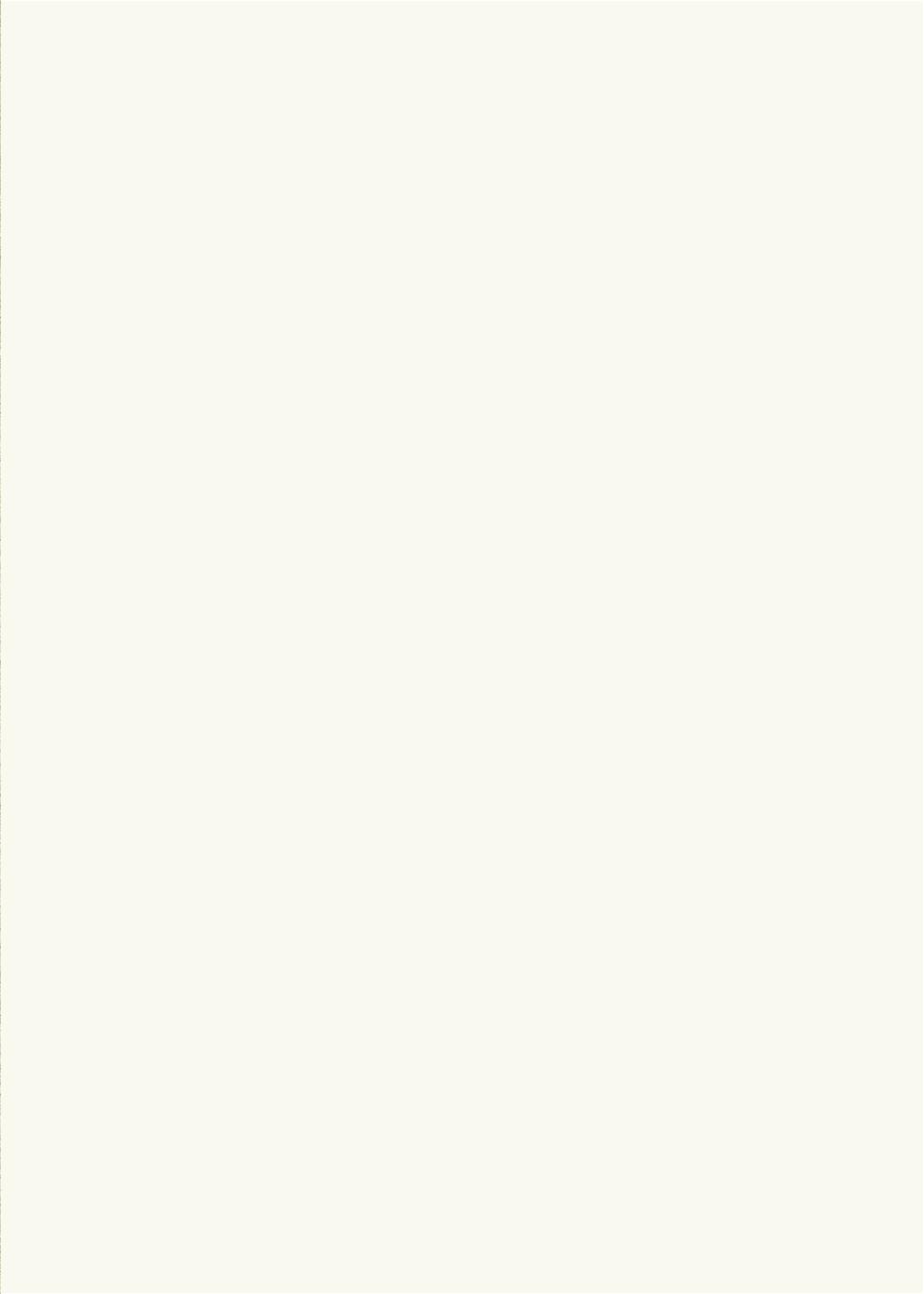


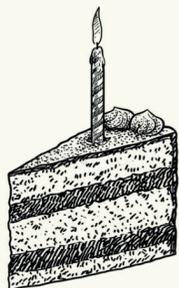
DEJAME QUE TE CUENTE

Miriam Nencioni



DEJAME QUE TE CUENTE

Miriam Nencioni



*Hay un ángulo, hay un momento,
en que se puede ver que cada madre
lleva una mujer colgada al cuello*

Sharon Olds

La noche no termina cuando empieza el día

La mesa estaba puesta, vivíamos en Rosario, en la casa de la calle España. El sol del mediodía calentaba las paredes de la cocina, había olor a pan. Mamá estaba en el zaguán, usaba una camisa blanca que le llegaba a las rodillas, tenía las manos sucias de pintura; terminaba los detalles de los aviones de madera que habían hecho con papá para regalarle a Juan Pablo.

Mi tarea era distraer a mi hermano, jugábamos a la escondida, subíamos y bajábamos de la terraza. Sentí una frenada fuerte y me asomé por el balcón, un auto oscuro estaba parado en la esquina, papá cruzaba la calle, traía varias bolsas con regalos y comida para la celebración que sería esa misma noche. Le grité con todas mis fuerzas, él me miró de una manera extraña, abrió los ojos, movía los hombros enérgicamente, supuse que quería que me escondiera para que Juan Pablo no sospechara nada.

Bajé rápido, pero antes le pedí a mi hermano que contara hasta treinta, cosa que no iba a durar mucho porque, con dos años, lo único que hacía era poner el brazo en la pared y repetir en voz alta el número dictado para, enseguida, correr a buscarme.

Mamá y papá nos llamaban, cerraban las puertas con trabas y candados, aseguraban las ventanas con palos de hierro. Fuimos a la habitación donde dormíamos los cuatro, mamá se puso un vestido con flores amarillas, chatitas blancas, un collar de cristales verdes y aros haciendo juego. Me dijo que eligiera lo que más me gustara y yo me puse las medias can-can celeste y el vestido de corazones con la camperita tejida al crochet. Mamá levantó las cejas, me miró igual que cuando hacía travesuras, me dijo que estaba hermosa. Buscó el cepillo, se enrolló las puntas del pelo con unos rollitos de plástico. Del cajón sacó el perfume que usaba para ocasiones especiales, se puso una gota a cada lado del cuello, otras dos en las muñecas y



pasó su mano por mi cabeza. Juan Pablo tenía el pañal sucio, mamá se lo sacó y yo me encargué de ponerlo en el balde del baño para que se remo- jara. Lo vestimos juntas, bermuda de jean y una remera nueva color naranja.

Fuimos a la cocina, papá nos esperaba, tenía puesta la camisa blanca y la corbata con pintitas rojas. En la mesada, como siempre, el jarrón de la casa de los abuelos de Pavón, lleno de flores rojas.

Mamá sacó el pan del horno, estaba agitada, desde la mesa yo escuchaba su respiración. Papá se acercó, la agarró de la cintura y le dijo: *Gorda, andá a sentarte con los chicos.*

—¡Que los cumplas feliz, que los cumplas feliz!
—Esperá, Gorda —la detuvo papá.

Ella se secó las lágrimas, paró de cantar y empez- ó a hablar muy rápido: *esta guerra la vamos a ganar, el pueblo no es tonto, ellos también estaban*

luchando por una forma mejor de vida, por su liberación.

—Sí —siguió papá— no estamos derrotados, *el pueblo no va a flaquear hasta lograr la victoria.*

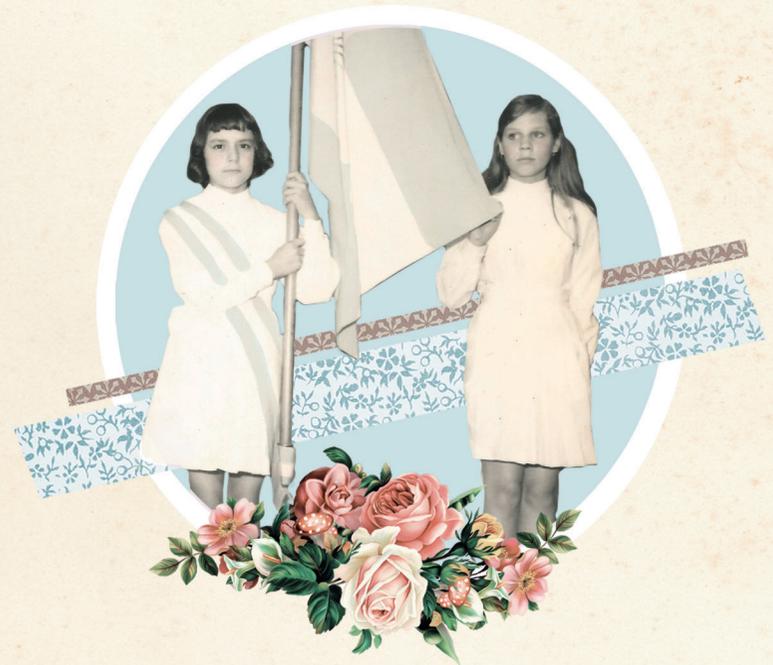
—Petiso, pasame eso —dijo mamá señalando una caja que estaba en el piso.

Papá se sentó, puso la caja sobre su falda y empezó a sacar las fotos que tenía adentro.

—Segundo grado, turno mañana de la 122, la señorita Rita y la González. Éramos tres nenas y ocho varones.

Me acuerdo, que yo quería saber si le gustaba la escuela.

Papá sacó otra foto, estaban ellos dos en el patio donde se conocieron. Yo la agarré y la apoyé en el vaso para verla mejor. Ellos cortaron el pan y prepararon sándwiches. Mamá tarareaba una canción que nosotros también conocíamos *mucho más/ allá de mi ventana/ algodones jugaban/ a ser un jardín/ en espera de abril.*



LA CAPITAL
SECCION ARCHIVO

Intenso operativo
contra la sedición

—¿Vamos a estar siempre juntos? —pregunté.
Juan Pablo había desarmado el sándwich y se había metido todo el fiambre en la boca. Papá se levantó y se lo sacó para que no se ahogara. Mamá me prometió que siempre estaríamos juntos y me recordó que, si alguna vez estábamos separados, miráramos la luna.

—Petiso, dame la caja que quiero mostrarles una foto que prueba que alguna vez fui buena alumna. Nos reímos. Ahí estoy —dijo mamá señalándose al costado— escolta de la bandera nacional. Después me preguntó si quería ir a ballet o a piano.

Me quedé pensando, traté de imaginarme haciendo giros con tutú y elegí piano. Ella me contó que así lo había conocido a papá, que iba a tomar clases a la escuela de monjas y se hizo amiga de Mercedes, que era la novia del tío, y que bueno, que desde ese momento no se separaron.

—¡Y somos los mejores compañeros del mundo!
—agregó papá.

Mamá se paró, me abrazó, nos dio un beso a cada uno. Juan Pablo lloraba, tenía sueño, le dio la mamadera para hacerlo dormir. En eso, escuchamos un golpe fuerte en la puerta de ingreso. Nos quedamos en silencio. Después, todo quedó en calma. Papá me contó de cuando vivían en Esperanza, de los abuelos, de cómo le gustaba hacer cosas con madera, me habló mamá, de lo valiente que era. Ella se balanceaba de un lado a otro y hacía sh, sh, sh para acunar a Juan Pablo.

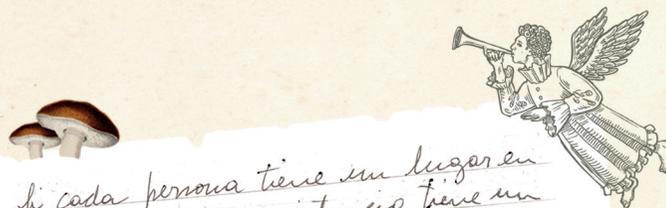
Papá sacó las cosas que quedaban en la mesa y fue a buscar el postre de vainillas. Aplaudimos, era su especialidad. Levanté a mi hermano del sillón, teníamos que felicitarlo porque había dormido sin chupete. Mamá trajo el regalo, cuatro aviones del tamaño de mi mano, celestes claritos, con líneas de distintos colores a los costados. Juan Pablo los vio y salió corriendo para hacerlos volar.

Nos echamos al piso, mamá leía Dailan Kifki, mi parte favorita era cuando Roberto decía estamos fritos, se la pedía una y otra vez.

Escuchamos otro golpe, esta vez fue más fuerte, también la voz de la vecina. Nos quedamos quietos y nos miramos como si nuestros ojos fueran oídos. —Vamos, vamos, hay que festejar —dijo mamá. Buscamos las velitas y cantamos el feliz cumpleaños. Mamá y papá levantaron sus manos y repitieron fuerte: *hasta la victoria siempre, por el pueblo y su liberación.*

Comimos el postre con cuchara. Yo quise repetir y, mientras esperaba que me sirvieran otra vez, pasé los dedos por el borde de la fuente. Juan Pablo iba y venía con los aviones.

Mamá lloraba, decía que era de emoción, que no podía creer cómo habíamos crecido tan rápido. Me llevó a un rincón de la cocina, se puso de rodillas, nuestros ojos quedaron a la misma altura,



Si cada persona tiene su lugar en el mundo y su existencia tiene un sentido, con toda seguridad el petiso cumple con eso. - Es esto lo que tenemos que explicarle a nuestros hijos, cual fue el sentido de su vida -
Zorda

de nuevo los golpes, me agarró de los brazos y me dijo con insistencia: *si algo sale mal, no sueltes a tu hermano, por nada del mundo, yo siempre voy a querer estar con ustedes, no creas nunca si te dicen otra cosa, con el Petiso luchamos para que todos vivamos mejor.*

Los golpes eran cada vez más fuertes, papá quemaba papeles y me miraba, después sabría que esa había sido la última vez. Dio algunas indicaciones a mamá y se fue a la terraza. Ella nos llevó al baño y nos pidió que no nos moviéramos de ahí hasta que volviera a buscarnos.

Con Juan Pablo lavamos el pañal sucio de la tarde y lo colgamos en el toallero, las gotas caían muy rápido. Le enseñé a hacer pis sentado en el inodoro, jugamos con los aviones. Le conté de las arañas, de las orugas y de otros animales hasta que se durmió. A mí también se me cerraban los ojos, pero quería mantenerme despierta hasta que llegara mamá. Escuché una voz parecida a

la del vendedor de colchones, pero no llegué a entender lo que decía.

Me dormí. Juan Pablo me despertó porque tenía mucha sed, abrimos la puerta despacio y salimos, fuimos a la cocina, mamá no estaba, tomamos agua revisamos la habitación y subimos a la terraza, no había nadie.

Nos acostamos en el piso, que todavía guardaba el calor de la tarde. Nunca dejamos de mirar la luna.

Los que comparten el pan

hablemos de nosotros
de nuestras miradas
de las veces que prometimos
cuidar uno del otro

hablemos compañero
de las mañanas
que dedicamos a la libertad
de cómo nos gustaba el verano
de nuestros hijos
de lo que nos quedó
por hacer

hablemos del fuego
de las cenizas que vimos caer
y de cómo
nos parecemos a ellas

hablemos de la noche
y del reverso de la luna
hablemos de nosotros
de cómo se vive
con este dolor

hablemos
hablemos de todo lo que hablamos
hablemos
hablemos
hablemos
no dejemos de hablar
hasta encontrarnos

Un lugar donde buscarlos

es de noche
faltan pocas horas
para el año nuevo
se escuchan disparos
solo pensás en salvar
a tus hijos

corrés y
mojás la remera
con la leche de tus pechos

escuchás los llantos

tenés contracciones
el útero nunca olvida

escribís mentalmente
una carta
para que los cuiden

el lunar de la espalda
es de nacimiento
la cascarita en el pie
se la hizo corriendo
en el patio
descalza
no les gustan las bananas pisadas
comen el arroz
un poquito pasado
gritás
aunque la muerte sea
una posibilidad

para el baño
mejor el agua tibia

búsqnenlos rápido
por favor
yo los tuve que dejar
para tener
un lugar donde buscarlos



Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

Dejame que te cuente es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

Dirección del proyecto

Lucas Almada

Diseño gráfico

Valentina Militello

Redacción

Belén Campero

Comité editorial

Daniel Fernández Lamothe

Andrea Ocampo

y Lucas Almada

Coordinación General

Viviana Nardoni

Municipalidad de Rosario

Intendente

Pablo Javkin

Secretario de Cultura y Educación

Dante Taparelli

Subsecretario de Industrias Culturales y Creativas

Federico Valentini

Director del Museo de la Memoria

Lucas Massuco



Municipalidad
de Rosario



